

Capítulo 5

La pulsión, un concepto necesario (1893-1905)

Claudia Elena de Casas

Freud ha sido sumamente explícito en cuanto a la etiología de las neurosis, y sabemos cuán caro le costó sostener que la sexualidad estaba en la base de esta cuestión. Él mismo lo expresa en *Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico*:

Al principio no advertí la naturaleza particular de mi descubrimiento. Sin vacilar, sacrifiqué mi incipiente reputación como médico y el aumento de mi clientela de pacientes neuróticos en aras de mi empeño por investigar consecuentemente la causación sexual de sus neurosis; obtuve así una serie de experiencias que me refirmaron de manera definitiva en mi convicción acerca de la importancia práctica del factor sexual. Desprevenido, me presenté en la asociación médica de Viena, presidida en ese tiempo por Von Krafft-Ebbing, como un expositor que esperaba resarcirse gracias al interés y al reconocimiento que le tributarían sus colegas, de los prejuicios materiales consentidos por propia decisión. Yo trataba mis descubrimientos como contribuciones ordinarias a la ciencia, y lo mismo esperaba que hicieran los otros. Sólo el silencio que siguió a mi conferencia, el vacío que se hizo en torno de mi persona, las insinuaciones que me fueron llegando, me hicieron comprender poco a poco que unas tesis acerca del papel de la sexualidad en el etiología de las neurosis no podrían tener la misma acogida que otras comunicaciones. Entendí que en lo sucesivo pertenecería al número de los que 'han turbado el sueño del mundo', según la experiencia de Hebbel, y no me estaba permitido esperar objetividad ni benevolencia. (Freud, 1914a/1979-82], p.20)

Ahora bien, desde sus primeros trabajos, la relación entre sexualidad y padecimiento, sobre todo en lo referente a las neurosis actuales, aparecía en forma directa, es decir: a mala praxis o abstinencia, enfermedad.

Con las psiconeurosis la cosa se complica. Los síntomas a los que Freud hace hablar son el resultado de un complejo proceso en el que ha intervenido una defensa. Es decir que en el aparato psíquico estaría expedito un mecanismo que actuaría contra lo considerado perjudicial o intolerable. ¿De qué se trata esto? En sus trabajos sobre la histeria Freud nos habla de "lo traumático", un hecho que fue imposible de tramitar y que, mecanismo defensivo mediante, se

conduce por otras vías asociadas produciendo la sintomatología histérica. Esto traumático, para sorpresa de Freud, siempre estaba relacionado con experiencias sexuales en una temprana edad.

Así las cosas, podríamos, en una lectura retroactiva, encontrar en la obra freudiana los cimientos de uno de los conceptos fundamentales: la pulsión, ya que como dice Masotta: "Freud entiende ceñir, mediante la pulsión, la especificidad de la sexualidad humana" (Masotta, 1986, p. 43)

Podríamos comenzar a situar un lugar para la pulsión en la obra de Freud -aunque el concepto no haya sido formulado todavía- en el momento en que abandona la técnica hipnótica y se encuentra con un fenómeno al cual presta interés: la resistencia. "[...] la misma fuerza psíquica que cooperó en la génesis del síntoma y en aquel momento impidió el devenir conciente de la representación patógena" (Freud, 1895b/1979-82, p. 275). Fuerza que hace pregunta y que participa en la producción del síntoma. En el texto *Sobre psicoterapia de la histeria* Freud clasifica distintos tipos de resistencia, quedando estrechamente vinculada la resistencia radial con lo que él llamo en ese entonces "núcleo patógeno", límite de lo decible, enigma, lo que no se puede deshacer. Interrogante sobre la etiología de las neurosis que será desarrollado en una serie de tempranas publicaciones, *Neuropsicosis de defensa*, *La etiología de la histeria* y *Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa*, ponen en el centro de atención unas vivencias sexuales traumáticas infantiles, experiencias sexuales infantiles y jugadas en el propio cuerpo que anticipan la concepción de la sexualidad infantil y a partir de allí la pulsión.

Ernest Jones, en *Vida y obra de Sigmund Freud*, dice:

[...] tuvo que partir necesariamente del convencional punto de vista acerca de la inocencia infantil, y al toparse con los chocantes relatos acerca de la seducción de parte de los adultos prefirió también el punto de vista convencional de que esto representaba una estimulación precoz. Al comienzo no pensó que esto despertara sensaciones sexuales en el niño en ese momento. Sería únicamente más tarde, hacia la pubertad, que el recuerdo de estos incidentes terminaría por ser excitante. Este concepto está de acuerdo con el que expresó en 1895, en el sentido de que los recuerdos se hacen traumáticos años después de la experiencia misma. En 1896 ya suponía que tal vez 'la misma edad infantil puede no hallarse exenta de ciertas delicadas excitaciones sexuales', pero está claro que estas se consideran puramente autoeróticas, y no existe conexión entre estas excitaciones y otras personas. Un año más tarde se mostraba interesado en cuanto a la base orgánica de tales excitaciones y las localizaba en las regiones de la boca y el ano, si bien sugirió que podían interesar a la superficie total del cuerpo. En una carta del 6 de diciembre de 1896 (se refiere a la carta 52), utilizó la expresión zonas erógenas y en otra del 3 de enero de 1897 llamó a la boca 'el órgano sexual oral'. (Jones, 1953/1970, p.320).

La recuperación de gran parte de la correspondencia que mantuvo Freud con diferentes personalidades de la intelectualidad de su época representan una invalorable fuente bibliográfica. Esta carta 52, mencionada por Jones, resulta sorprendente ya que en ella encontramos no sólo esbozado un esquema de aparato psíquico que será presentado en *La interpretación de los sueños*, sino que también aparece allí articulada la compulsión en relación a los sexual y la postulación de la idea de unas zonas erógenas.

En el texto *La etiología de la histeria*, Freud dice: “En el único intento explicativo para el mecanismo fisiológico y psíquico de la histeria que yo me he podido plasmar como resumen de mis observaciones, la injerencia de unas fuerzas pulsionales sexuales se me han convertido en una premisa indispensable” (Freud, 1896b/1979-82, p.199). Premisa indispensable que se esboza por el lado de la angustia, en sus escritos sobre las neurosis de angustia, y en el carácter compulsivo del síntoma obsesivo.

En la época de la primer teoría de la angustia, Freud considera un desvío en el empleo normal de la libido sexual, libido que se traspone en angustia. Nos habla en este momento de un “quantum de excitación” que experimenta un acrecentamiento y que no es tramitado mediante un mecanismo psíquico. La angustia allí se enlazaría con un contenido psíquico cuyo despertar es condición para que esta aflore, pero que, una vez que afloró, no tiene representación. Esta angustia es desprendida de un modo que se asemeja a lo que ocurre con la tensión sexual, con el despertar de unas representaciones sexuales.

En el texto *Sobre la justificación de separar de la neurastenia un determinado síndrome en calidad de 'neurosis de angustia'*, Freud se responde a la siguiente pregunta: ¿por qué el sistema nervioso experimenta este estado afectivo llamado angustia, en circunstancias, dice él, de insuficiencia psíquica para dominar la excitación sexual? En la respuesta, que tiene carácter de sugerencia, encontramos claramente formulado (veinte años antes de *Pulsiones y destinos de pulsión*) características propias de la pulsión:

La psique cae en el afecto de la angustia cuando se siente incapaz para tramitar, mediante la reacción correspondiente, una tarea (un peligro) que se avecina desde afuera; cae en la neurosis de angustia cuando se nota incapaz para reequilibrar la excitación (sexual) endógenamente generada. Se comporta entonces como si ella proyectara la excitación hacia afuera. El afecto, y la neurosis a él correspondiente, se sitúan en un estrecho vínculo recíproco; el primero, es la reacción a una excitación endógena análoga. El afecto es un estado en extremo pasajero, en tanto que la neurosis es crónica; ello se debe a que la excitación exógena actúa como un golpe único, y la endógena como *una fuerza constante*. El sistema nervioso reacciona en la neurosis ante una fuerza interna de excitación, como en el afecto correspondiente lo hace ante una análoga fuente externa. (Freud, 1895c/1979-82, p. 112, subrayado nuestro)

Los síntomas de la neurosis obsesiva son compulsivos porque el sujeto los hace a pesar de no quererlos realizar. Freud dice claramente en las *Nuevas puntualizaciones sobre las*

psiconeurosis de defensa que "Las representaciones obsesivas {*Zwangsvorstellung*} no tienen, por así decir, curso psíquico forzoso {*Zwangskurs*} a causa de su valor intrínseco, sino por el de la fuente del que provienen o que ha contribuido a su vigencia." (Freud, 1896a/1979-82, p.171)

Es decir que Freud postula una *fuerza* que hace que estas representaciones sean compulsivas. Esta fuerza posibilita diferenciar la sobredeterminación del síntoma de su causa.

En el *Manuscrito K*, Freud habla de esta fuerza:

Mi opinión es que dentro de la vida sexual tiene que existir una fuerza independiente de desprendimiento de placer; presente ella puede dar vida a las percepciones de asco, prestar fuerza a la moral, etc. Me atengo al modelo de la neurosis de angustia del adulto, donde, de igual modo, una cantidad proveniente de la vida sexual causa una perturbación dentro de lo psíquico, cantidad que en otro caso habría hallado diverso empleo dentro del proceso sexual. Mientras, no exista una teoría correcta del proceso sexual, permanecería irresuelta la pregunta por la génesis del placer eficaz en la represión. (Freud, 1896b/1979-82, p.262)

Resulta pues que esta fuerza independiente y la angustia se relacionan con el quantum, y la cantidad relaciona al trauma con la angustia y con una paradójica satisfacción.

Volviendo a la representación compulsiva Freud sostiene en el mismo texto que: "como cualquier otra representación, la obsesiva (*Zwang*) es combatida en el orden lógico aunque su compulsión no se puede solucionar" (*Ibid.*, p.265)

Vemos aquí anticiparse en Freud el carácter irreducible del síntoma y la satisfacción que éste envuelve.

Resulta inevitable en este recorrido referirnos a la obra princeps del creador del psicoanálisis. En el punto C del capítulo VII de *La interpretación de los sueños* Freud se pregunta de dónde proviene el deseo que se realiza en el sueño y qué es lo que se transfiere en dicha realización. Las excitaciones de deseo –se contesta– provienen del inconsciente, sistema de huellas mnémicas en las que ubica la fuerza pulsionante que hace trabajar a dichas huellas. En cuanto a la realización del deseo, apela a la indestructibilidad del deseo inconsciente, definida como las vías facilitadas de una vez por todas.

Comparten este carácter de la indestructibilidad con todos los otros actos anímicos realmente inconscientes, vale decir, los que pertenecen con exclusividad al sistema lcc. Son vías facilitadas de una vez por todas, que nunca quedan desiertas y que llevan a la descarga el proceso de la excitación cada vez que se reinvierte la excitación inconsciente. Para servirme de un símil: sólo pueden ser aniquiladas de la misma manera que las sombras del mundo subterráneo en La Odisea, que cobraban nueva vida tan pronto como bebían sangre. Los procesos que dependen del sistema preconsciente son destructible, en un sentido muy diferente. Sobre esta diferencia se basa la psicoterapia de las neurosis. (Freud, 1900a/1979-82, p.546)

Podrían entonces plantearse dos caras del deseo inconciente: como consecuencia de que no ha introducido aun el concepto de pulsión, aparece como fuerza pulsionante (vías facilitadas). Y en relación con la transferencia de la representación reprimida al resto diurno, aparece como lo que se resiste a la significación.

Por otra parte, Freud no duda en sostener que el deseo que se representa, que se pone en escena en el sueño (realización del deseo), tiene que ser un deseo infantil y este proviene del inconciente. Habla de un deseo sexual infantil inconciente para señalar su relación al goce, al menos como prohibido. Extraemos como principal consecuencia de esta formulación que el sueño, vía regresiva, es el sustituto de la escena infantil alterado por transferencia a lo reciente.

[...] estos deseos que se encuentran en estado de represión, decía, son ellos mismos de procedencia infantil, como nos lo ha enseñado el estudio psicológico de las neurosis. Querría por eso tachar el enunciado que formulé antes [pág. 544], a saber, que la procedencia del deseo onírico es indiferente, y sustituirlo por este otro. El deseo que se figura en el sueño tiene que ser un deseo infantil. (Freud, 1900a/1979-82, p.546)

Las vivencias infantiles, así como lo traumático pulsional, aparecen como lo que se escapa a la represión funcionando como límite a la significación y al mismo tiempo como causa del trabajo del sueño.

Freud se pregunta por qué durante el sueño el inconciente no puede ofrecer más que la fuerza pulsionante para la realización de deseo, anticipándose aquí –con esta referencia a la fuerza pulsionante– el lugar de la pulsión en el funcionamiento del aparato psíquico y la posibilidad de articular el deseo y la pulsión como causa del sueño.

En el mismo punto del capítulo VII Freud afirma: "El niño hambriento llorará o pateará inerte. Pero la situación se mantendrá inmutable, pues la excitación, que parte de la necesidad interna, no corresponde a una fuerza que golpea de manera momentánea, sino a una que actúa continuamente" (*Ibid.*, p.557) Podemos leer aquí la diferencia entre el instinto, que tiene un objeto prefijado, y las grandes necesidades vitales que tienen un ritmo, distancia entre el estímulo externo que actúa de manera momentánea y la pulsión que actúa de manera continua, planteo en el que fácilmente se reconoce lo desarrollado en el texto de 1914, *Pulsiones y sus destinos*.

En el mismo capítulo plantea que la realización alucinatoria de deseo, guiada por el principio de placer, quiebra el marco de la homeostasis biológica e impone el placer de desear. Se organiza otra manera de satisfacción muy particular, puesto que la realización de deseo aleja al sujeto de la vía de la satisfacción porque la fuerza pulsionante, al dar con un objeto alucinatorio, cae en la cuenta de que no es así como se satisface.

Cuando la experiencia alucinatoria de satisfacción pone en juego el anhelo por el objeto perdido, vía realización de deseo, la satisfacción pulsional puede ser atemperada, dominada. Es decir que el trauma aparece ligado. Sin embargo, cuando esta experiencia pone en juego dicho anhelo, el desear no es sin la pulsión, aunque esa pulsión esté ligada, entramada en las huellas.

Como eslabón intermedio entre *La interpretación de los sueños* y *Tres ensayos de teoría sexual* encontramos la comunicación de un material clínico donde Freud enlaza los mecanismos psicológicos desarrollados en la primera obra y algunas explicaciones etiológicas que aparecen más desarrolladas en la segunda. Me refiero a "Sueños e histeria", así nombrado por Freud en sus cartas a Fliess, texto que fue publicado con el título de *Fragmento de análisis de un caso de histeria* en 1905, pero que había sido escrito en gran parte cuatro años antes.

En este historial Freud, usando la técnica que desarrolla en su texto sobre los sueños, reconduce los síntomas de Dora a escenas infantiles. Es decir que comienza a esbozarse la necesidad cada vez más imperiosa de lo que será la piedra angular para poder desembocar en las primeras definiciones de pulsión que aparecen en su obra. Con "piedra angular" me refiero a la sexualidad infantil. Es así que al ensayar explicaciones del síntoma de la tos en Dora, Freud hace una clara mención a lo que luego tendrá un estatuto más firme como zona erógena:

Nadie pondrá en duda, creo, que la mucosa de los labios y de la boca puede considerarse una zona erógena primaria, pues una parte de esa satisfacción se ha conservado en el beso, que se juzga normal. La intensa activación de esta zona erógena a temprana edad es, por tanto, la condición para la posterior sollicitación somática de parte del tracto de mucosa que empieza en los labios. [...] Ahora podemos intentar reunir las diversas determinaciones {determinismos} que hemos hallado para los ataques de tos y de afonía. Debajo de todo en la estratificación cabe suponer un estímulo de tos real, orgánicamente condicionado, vale decir, el grano de arena en torno del cual el molusco forma la perla. Este estímulo es susceptible de fijación porque afecta a una región del cuerpo que conservó en alto grado en la muchacha la significación de una zona erógena. Por tanto es apto para dar expresión a la libido excitada. (Freud, 1905b/1979-82], p.46)

Más adelante, en el epílogo, Freud señalará que la sexualidad traumática presta la fuerza impulsora para cada síntoma. Observamos que la sexualidad, como él lo manifiesta, no ha dejado de constituir la clave para el problema de las neurosis. Claramente dice en este historial que los fenómenos patológicos, los síntomas, son la práctica sexual de los enfermos. Práctica sexual con la que se refiere a la satisfacción parcial y paradójica pero también al problema con el que se confronta el sujeto humano en tanto que ha operado la pérdida de la mítica

satisfacción. Los síntomas aparecen entonces como un intento parcial de sustituir esa satisfacción perdida.

En un pasaje del mismo epílogo Freud pretende defender la teoría que sustenta el análisis del material presentado, apuntando a las supuestas bases orgánicas de las neurosis. En la cita que sigue a continuación aparecen algunas consideraciones que se encontrarán más desarrolladas, pero no menos confusas, en sus *Tres ensayos de una teoría sexual*:

[...] la teoría en modo alguno deja de apuntar a las bases orgánicas de la neurosis, si bien no las busca en una alteración anátomo-patológica; cabe esperar encontrarse con una alteración química, pero no siendo ella todavía aprehensible, la teoría la sustituye provisionalmente por la función orgánica. Nadie podrá negar el carácter de factor orgánico que presenta la función sexual, en la cual yo veo el fundamento de la histeria así como de las psiconeurosis en general. Conjeturo que una teoría de la vida sexual no podrá evitar la hipótesis de que existen unas determinadas sustancias sexuales de efecto excitador. (Freud, 1905a/1979-82, p. 99)

Sustancias que son comparadas con ciertos venenos al hacer un parangón entre las psiconeurosis y cuadros de intoxicación y abstinencia. Se trata de la misma línea argumental que había desarrollado para la explicación de las Neurosis actuales. Podría decirse en esos casos que la libido estancada pasaba de ser un vino agradable al paladar a convertirse en vinagre.

En el primer ensayo, apartado 5, aparece claramente definido el concepto de pulsión, aunque se trata de un párrafo reescrito a la luz de su escrito posterior (en 1915) sobre las pulsiones:

Por pulsión podemos entender al comienzo nada más que la agencia representante {*Repräsentanz*} psíquica de una fuente de estímulos intrasomática en continuo fluir; ello a diferencia del "estímulo", que es producido por excitaciones singulares provenientes de afuera. Así, 'pulsión' es uno de los conceptos del deslinde de lo anímico respecto de lo corporal. (Freud, 1905a/1979-82, p.153)

Cabe resaltar que este capítulo está dedicado a las aberraciones sexuales, con apartados específicos que se refieren a las perversiones y a las neurosis. Es decir que a partir del concepto de pulsión podría pensarse a la sexualidad humana como esencialmente perversa, en tanto que es caracterizada por su desvío de la norma. Por otra parte, y en relación a esto que acaba de considerarse, Freud, en el segundo ensayo, La sexualidad infantil, afirma:

Un estudio a fondo de las manifestaciones sexuales de la infancia nos revelaría probablemente los rasgos esenciales de la pulsión sexual, dejaría traslucir su desarrollo y mostraría que está compuesta por diversas fuentes. (*Ibid.*, p.157)

Entendemos que se referirá luego a las cualidades con las que intenta cernir aún más el concepto, esto es: la pulsión como autoerótica, parcial y cuya única meta es la satisfacción.

Freud empieza desmontando la genitalidad y en ese mismo movimiento construye el concepto de sexualidad como pulsión. Es precisamente allí cuando desustancializa el objeto y termina con la satisfacción paradójica de la pulsión. A su vez, la fijación, la creación de un lazo particularmente íntimo de la pulsión con su objeto sólo tiene una consistencia lógica, pues da cuenta del antiguo trauma como irreductible pérdida del objeto.

Aquí mismo, en el apartado IV del primer ensayo, que titula "La pulsión sexual en los neuróticos", sostiene que las psiconeurosis no sólo descansan en fuerzas pulsionales de carácter sexual sino que la participación de las mismas es la única fuente energética constante de las neurosis que sustentan los síntomas.

Los síntomas proceden de las fuentes de las pulsiones parciales. Se revelan como las representaciones convertidas de fantasías y hay que aprender a interpretar su lenguaje pues no carecen de significación sexual. Es decir, que en este texto Freud está articulando lo que se puede inscribir de la pulsión, o sea, lo que se puede jugar por la vía de las representaciones. Necesitará muchos años más de elaboración teórica para empezar a teorizar acerca de lo que nunca será aprehendido por la trama de representaciones.

Retomando entonces, y para concluir: ya en las citas iniciales, del *Manuscrito K*, al hablar de compulsión, Freud está anticipando esta noción paradójica del síntoma que pone de manifiesto la insistencia de la pulsión. Pulsión que desde una explicación económica, en su insistencia, se hace irreductible. El sujeto, a pesar de él mismo, padece en el síntoma de lo que Freud, posteriormente (1920), llamará placer en el displacer.

Esta selección de textos enhebrados en el recorrido del presente capítulo no pretende ser exhaustiva, pero sin lugar a dudas demuestra la necesidad lógica de la postulación del concepto de pulsión, que hace de este uno de los conceptos básicos, *fundamentales*, al decir de Lacan, del psicoanálisis.